

alguna época representativa o alguna figura magna de este gran Chilecito que todos llevamos metido muy adentro.—GMO. KOENENKAMPF.

https://doi.org/10.29393/At171-199LDEH10199

ESAS HOJAS ESTÉRILES, novela de *Aldous Huxley*. Edit. Ercilla. 1939.

La señorita María Triplow, pasa sus vacaciones en una suntuosa villa de las orillas del Mediterráneo, en Italia. La señorita Triplow es escritora, y mientras contempla como cae el atardecer en los alrededores de la Villa, a la cual rodea un hermoso paisaje, piensa en lo que hará decir a los personajes de una novela que está escribiendo. La mansión en que se hospeda no le pertenece, es de Lilian Adwinckle, su amiga. Lilian es una mujer, cuya belleza comienza ya a declinar, pero que se mantiene íntegramente en la actitud de reina, que sabe que ha de ser admirada, aunque ya no sea por sus encantos personales sino por la situación que ocupa. Gusta de rodearse de una pequeña pequeña corte de admiradores y de amigos, ante quienes se complace en manifestar su felicidad por la adquisición que acaba de hacer, comprando esa linda residencia de verano, que en otros tiempos perteneció a los duques de Malaspina, grandes señores de esa región, cuya estirpe se remonta a tiempos antiquísimos. La casa es una especie de museo de cuadros, estatuas, armas y toda clase de objetos raros que han entrado en la adquisición. Esto da oportunidad para que los huéspedes de Lilian Adwinckle se vean envueltos con la nueva dueña en una serie de discusiones sobre arte, que generalmente se encumbran a regiones en que el pensamiento, en su empeño de hacerse sutil y agudo, se torna a ratos confuso e incomprensible. Pero estas conversaciones, que por su tono hacen recordar aquellas que mantienen los personajes de Oscar Wilde, en *El retrato*

de *Dorian Gray*, tienen siempre un interés que reside en su originalidad, y que son reveladores, además, de la manera cómo reacciona la mentalidad europea que ha llegado a un grado superior de cultura, frente a los acontecimientos de la vida. Lo que no se puede asegurar, como es natural, es si Huxley ha extraído de la realidad todos esos pensamientos que pone en boca de sus personajes, o si ellos son únicamente el producto de su intelectualización, al convertirlos en arte. Hay algo de cansancio y de desprecio por la vida misma en esos seres que nos muestra Huxley en esta ocasión, aunque no están totalmente desligados de prejuicios, originados en su posición social, en sus medios de vida u ocupaciones. Porque es necesario hacer notar que en este autor, cuando escribe novelas, aparece con gran frecuencia el ensayista que tiende a analizar las causas y los efectos de un problema, antes que seguir el curso de las vidas que lleva a la creación literaria.

Pero no nos anticipemos. Mientras la señorita Tripflow piensa en los personajes de su próxima novela. Lilian Adwinckle, con los demás amigos que la visitan, está en la playa. Es, pues, en ausencia de la dueña de casa, cuando llega un nuevo huésped, el señor Calamy. Al señor Calamy le atraen los encantos que adornan la persona de María Tripflow. Pero no es que con esta impresión del momento nazca un súbito y fuerte sentimiento, como se da a entender en las descripciones que sobre parecidas escenas, hacen otros novelistas. El señor Calamy, se olvida pronto de la impresión que le causa la presencia de la señorita Tripflow. Más que eso, se olvida de que se encuentra a su lado. En silencio, se entretiene en recordar hechos de su vida, algunos recientes, relacionados con episodios sentimentales, otros más lejanos y sin relieves. Después admira los detalles del paisaje y las riquezas artísticas que encierran los salones de aquella que fuera en otros tiempos, la casa de los señores Malaspina.

De pronto llega Lilian Aldwinckle: «Su figura imponente

y majestuosa se detuvo por un momento en el peldaño superior. Su vestido largo y amplio, de tela verde pálido, caía formando grandes pliegues; el velo verde atado alrededor de su ancho sombrero de paja, flotaba vaporosamente sobre sus hombros».

—¡Usted aquí!, exclamó mientras Calamy se acercaba sonriéndole con una sonrisa que en otros tiempos había sido de una dulzura penetrante, de un encanto seductor. Pero, ¡ay! el interés de esa sonrisa era ahora principalmente histórico. Con un gesto que era a la vez inexpresivo y de una exageración teatral, la señora Aldwinckle le tendió, súbitamente, las dos manos como en un ademán de bienvenida y corrió a su encuentro. Sus movimientos eran tan discordantes e inciertos como su voz; la majestad de su figura, mientras permanecía en reposo, se disipaba al moverse, pues sus movimientos eran rudos y torpes.

«—Querido Calamy—exclamó abrazándolo—debería besarlo. Hacía tanto tiempo que no lo veía.

En seguida se volvió a la señorita Triplow con una mirada llena de sospecha.

«—¿A qué hora llegó?—preguntó.

«—Antes del té—respondió la señorita Triplow.

«—¿Antes del té?—repitió la señora Aldwinckle con una voz aguda como si hubiera recibido un ultraje. Pero,—¿por qué no me avisó con tiempo su llegada?—continuó volviéndose a Calamy.

Le mortificaba la idea de que había llegado mientras ella estaba ausente y que había pasado además, todo ese tiempo conversando con María Triplow...».

Por lo que se conoce del libro, todo hace presumir, que la novela se desarrollará alrededor de estos tres personajes. Que la señora Aldwinckle con su amor y su belleza pretérita, será el foco principal de la tragedia y que Calamy y María Triplow se enamorarán a despecho de todo lo que ocurra. En realidad



esto último sucede al final de la novela, pero pasa como un mero incidente sin mayor importancia. Estos dos personajes salen del escenario y se pierden a través de cientos de páginas. Lilian Aldwinkle siente más bien la pasión de mostrar a sus huéspedes lo que hay de hermoso e interesante en la casa, en sus alrededores. Conocemos así a los demás protagonistas que intervienen en el relato: el señor Cardan, hombre de más de sesenta años, un epicúreo que sólo se preocupa afanosamente de buscarle a la vida el aspecto agradable. El señor Falx, grave caballero que todo lo resuelve con criterio de hombre de negocios. Lord Hovenden, joven tímido e ingenuo, que no sabe pensar por sí solo, y que se enamora de Irene Aldwinkle, sobrina de Lilian, sin atreverse a declarárselo, sino cuando ya se va a marchar y que sólo cobra coraje ante las mujeres cuando maneja su auto y siente el vértigo de la velocidad.

Termina la primera parte de la novela y en la que sigue, aparece un personaje que no conocíamos, Francisco Chelifer, que comienza a relatar su vida en primera persona. Es un escritor. Novelista y poeta. Sus versos aparecen con inusitada frecuencia en las páginas de la novela. Cuenta su vida con lujo de detalles, sus trabajos literarios, sus amores. Por ninguna parte aparecen alusiones a la existencia de los personajes que llenan las páginas de la primera parte del libro, a tal extremo que el lector llega a pensar de que se trata de otra novela que no tiene nada que ver con la primera. Pero de pronto Chelifer sufre un accidente, pues está a punto de ahogarse en la playa donde veranea. Cuando vuelve en sí, se encuentra con que una de las personas que le atienden, es Lilian Aldwinkle, que sin admitir sus excusas se lo lleva a su casa para cuidarlo. Esta es la oportunidad para que Lilian, se enamore perdidamente de Chelifer, que trata por todos los medios de huir de la tenaz persecución amorosa de que es objeto.

Entre tanto el señor Cardan, ha resuelto casarse con una tonta que conoce una noche en que se extravía al volver a la

villa: Engracia Ellver. Saca sus cuentas, y ve que le conviene disfrutar de la renta anual que posee Engracia. Pero la muchacha que es de una glotonería fantástica, se muere de una indigestión. Irene Aldwinkle, sigue en sus amores con Lord Hovenden, y sólo después de una carrera vertiginosa en auto, éste consigue arrancarle el sí, consintiendo en ser su esposa. Calamy se ama con María Triplow, aunque muy pronto sobreviene en ellos un terrible hastío que los hace separarse sin pesar y amigablemente.

Es una novela curiosa y original, desde el punto de vista de la técnica que el autor emplea en su narración. No hay intrigas, ni tragedias desgarradoras. Todos estos seres piensan con una frialdad tremenda en lo que van a hacer. Da la impresión de que el autor no sigue un plan de novelista, sino que se entretiene poniendo de relieve lo inesperado. Sus personajes tienen el pensamiento tan lleno de preocupaciones intelectuales que en verdad el lector, no sabe si son existencias llenas de artificios, o es esa su verdadera naturaleza humana.—L. D.

■

LOS HOMBRES OBSCUROS, por *Nicomedes Guzmán*

La novela chilena no ha alcanzado todavía el desarrollo que ya tiene en otros países de América. El decidido afán por lo criollo, cogido únicamente en sus perfiles pintorescos, de trascendencia bien relativa, le ha quitado el sentido universal, y con esto se ha hecho casi nula la repercusión fuera de Chile de nuestra literatura narrativa.

Los problemas económicos y sociales están ausentes de casi todas las novelas chilenas, y la pincelada erótica apenas si asoma, tímidamente, en una que otra obra de ese género. El lector extranjero que pretendiese conocer el ambiente de Chile con la lectura de nuestros novelistas, tendría una visión fun-